

EL SENTIDO DEL MUNDO EN JOSEMARÍA ESCRIVÁ.

El fundamento evangélico de la metaforología espiritual de *Camino*, *Surco* y *Forja*

CARLOS ORTIZ DE LANDÁZURI

PRESENTACIÓN

Camino —C¹—, *Surco* —S²— y *Forja* —F³—, utilizaron el análisis de estas tres metáforas para establecer una contraposición entre *dos posibles sentidos* de la noción de *mundo*, el absoluto y el meramente relativo, el teológico y el meramente humano, poniendo a su vez de manifiesto el *fundamento evangélico* de esta articulación. De este modo se pudo llevar a cabo una revisión sapiencial de algunas nociones teológicas previas que, como ocurre con la noción de *criterio moral*, de *unidad de sentido*, o de *mundo creado*, también son básicas para la correcta intelección del mensaje de la *santificación del trabajo*, como ahora también se muestra en la conclusión⁴.

1. CAMINO, SURCO Y FORJA, TRES METÁFORAS ACERCA DE LA FORMACIÓN DEL CRITERIO

Desde su inicio *Camino*, *Surco* y *Forja* trataron de recuperar el *poder de reinención innovadora* de estas tres metáforas, cuyo uso estaba postergado en sectores importantes del pensamiento contemporáneo, a pesar de la tradición bíblica de estos términos. Por ejemplo, la tradición cristiana siempre ha recurrido a la metáfora del *camino* para expresar la necesidad de seguir un *modelo de vida* concreto, al modo como Jesucristo dijo de sí mismo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6). De igual modo que

1. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, Madrid 72001; *Camino* = *the way*, A. BYRNE (ed.), Scepter, London 2001.

2. ID., *Surco*, Madrid 192001.

3. ID., *Forja*, Madrid 192001.

4. P. RODRÍGUEZ, P.G. ALVES DE SOUSA, J.M. ZUMAQUERO (eds.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei: en el 50 aniversario de su fundación*, Pamplona 1985.

también se ha recurrido a la parábola del sembrador para indicar la profunda huella o *surco* que la *difusión* de la palabra de Dios puede producir en el «mundo», cuando la semilla cae en la «tierra buena de los que oyen la palabra con un corazón bueno y generoso, la conservan y dan fruto mediante la perseverancia» (Lc 8, 15). O finalmente, la tradición judeo-cristiana ha recurrido con frecuencia a la metáfora de la *forja* del dolor, para indicar como Dios promete al «siervo de Yavé» que «ningún arma forjada contra ti dará resultado» (Is 54, 17)⁵.

De todos modos ahora se utilizan este tipo de metáforas en referencia a las situaciones ordinarias en que se puede encontrar el fiel cristiano que procura santificarse en medio de los diversos afanes profesionales. Se rememoran incluso dichos del habla popular, como ocurre con éste atribuido al poeta Antonio Machado. «Me gusta este lema: “cada caminante siga su camino”, el que Dios le ha marcado, con fidelidad, con amor, aunque cueste» (S. 231)⁶. Por su parte la metáfora del «surco» viene a indicar la seguridad que debe tener el fiel cristiano en encontrar tierra buena donde hacer fructificar su apostolado. «Sembrar. —Salió el sembrador... Siembra a voleo, alma de apóstol. —El viento de la gracia arrastrará tu semilla si el surco donde cayó no es digno... Siembra, y está cierto de que la simiente arraigará y dará su fruto» (C. 794)⁷. De igual modo que en este contexto el uso metafórico de «surco» y «forja» acaban compartiendo un mismo significado. «Como el grano de trigo, tenemos necesidad de la muerte para ser fecundos. —Tu y yo queremos abrir, con la gracia de Dios, un surco luminoso y hondo. Por eso, hemos de dejar el pobre hombre animal y lanzarnos por los campos del espíritu, dando sentido sobrenatural a todas las tareas humanas y, a la vez, a los hombres que allí trabajan» (F. 1013)⁸.

En este contexto se contraponen dos posibles usos de estas tres metáforas: por un lado, el uso *metafórico absoluto* cuando se utilizan para referirse al ejemplo de Cristo en la Cruz; solo entonces se está indicando de un modo efectivo el auténtico modelo o paradigma capaz de señalar la verdadera *dirección* o camino («methodo») al que todos estamos llamados, siguiendo a su vez el *surco* seguido por sus pisadas, con una fidelidad *forjada* ante todo tipo de adversidades. Este es el procedimiento propuesto por el cristianismo para lograr llegar al

5. C. ORTIZ DE LANDÁZURI, *La reinención innovadora del carácter en «Camino», «Surco» y «Forja»*. *El alcance apostólico de la formación moral en San Josemaría Escrivá de Balaguer*; J.F. SELLÉS, R. CORAZÓN, C. ORTIZ DE LANDÁZURI, *Tres estudios sobre el pensamiento filosófico de Josemaría Escrivá*, «Cuadernos de Anuario Filosófico», n. 158, Pamplona 2002.

6. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino, Edición crítico-histórica*, P. RODRÍGUEZ (ed.), Rialp, Madrid 2002, pp. 104-105.

7. J.M. IBAÑEZ-LANGLAIS, *Josemaría Escrivá como escritor*, Santiago de Chile, Madrid 2002.

8. A.E. DENHAM, *Metaphor and Moral Experience*, Oxford 2000.

Padre y alcanzar la plenitud de felicidad a la que está llamado el hombre⁹. Al menos así ocurre en *Camino, Surco y Forja* cuando se sugiere la posibilidad de meterse «por *caminos* de oración y de Amor» (C. Prólogo), a fin de «dejar en esta vida, con nuestras obras, un *surco* profundo» (S. Prólogo), aunque ello exija «tomar tu alma —oro puro— y meterla en la *forja*, y trabajarla con fuego y martillo» (F. Prologo), siguiendo a su vez el ejemplo de Cristo en la Cruz¹⁰.

Por otro lado, *Camino, Surco y Forja* hacen un uso *meramente relativo* de estas tres *metáforas*, cuando se utilizan para referirse a cualquiera de los múltiples procedimientos o direcciones que nos proponemos en la vida práctica, sin que de primera intención pretendan necesariamente alcanzar una efectiva imitación de Jesucristo. En estos casos el uso *relativo* del término «camino» se utiliza para expresar la multiplicidad de «*caminos de la tierra*», que pueden ser recorridos con finalidades muy diversas, aunque en ellos también se puede hacer presente «*el fuego de Cristo que llevas en el corazón*» (C. 1)¹¹. De igual modo que el uso relativo de la metáfora «*surco*» permite indicar la multitud de *huellas* que, unas junto a otras, permiten «dejar en la historia un surco hondo y ancho, luminoso y fecundo, eterno y divino» (F. 59), cooperando con la misión redentora encomendada a Jesucristo. De igual modo que el uso relativo de «*forja*» se puede aplicar a cualquier tipo de adversidad de la que Dios se sirve para inducir en el fiel cristiano un carácter fuertemente apostólico. «En esta forja de dolor que acompaña la vida de todas las personas que aman, el Señor nos enseña que quien pisa sin miedo —aunque cueste— donde pisa el Maestro, encuentra la alegría» (F. 6)¹².

Evidentemente el uso de estas metáforas se hace con un propósito claramente definido: alcanzar el logro de una efectiva *santidad en medio del mundo*, mediante la imitación de la vida oculta de trabajo de Cristo, pasando las demás preocupaciones a ocupar un lugar muy secundario. *Camino, Surco y Forja* no imponen ningún límite especial al ejercicio del propio oficio o profesión, salvo los que impone la moral natural. Cualquier trabajo honesto es igualmente idóneo para este cometido, y en todos se presentan las mismas dificultades, que deben ser superadas, a fin de alcanzar este objetivo. Sin embargo el *doble uso interpretativo* de

9. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino. Edición crítico-histórica*, P. RODRÍGUEZ, (ed.), Madrid 2002, pp. 96-103.

10. G. ORTIZ DE LANDÁZURI, *Aspectos literarios de «Camino», «Surco» y «Forja»*, AA.VV., *La grandeza de la vida ordinaria*, Roma 2002.

11. F. GONDRAND, *Un livre de sentences spirituel a l'époque contemporaine: «Camino» de Josemaría Escrivá de Balaguer, «Crisol»* (Université de Paris X-Nanterre) 18 (1994) 47-57.

12. Sobre el origen de esta distinción, cfr. M. HUNDECK, *Welt und Zeit. Hans Blumenbergs Philosophie zwischen Schöpfungs- und Erlösungslehre*, Würzburg 2000.

estas *metáforas sapienciales*, según se utilicen de un modo *absoluto* o *relativo*, da pie a un gran número de consideraciones que permiten descubrir al hipotético interlocutor un *sentido oculto* que suele pasar desapercibido en el uso cotidiano de estos términos¹³.

Por este procedimiento se recuerda a cada fiel cristiano la obligación de asumir un efectivo seguimiento de Cristo, haciendo compatible el desarrollo de las virtudes cristianas con el ejercicio concreto de una profesión, sin esperar fórmulas o recetas preconcebidas al respecto. *Camino* resalta el reiterado poder de *reinención innovadora* del mensaje cristiano a fin de lograr la formación de un *criterio de actuación recto*, resaltando su ilimitada capacidad de aplicación en las circunstancias más diversas¹⁴. «Tiene razón. —Desde la cumbre —me escribes— en todo lo que se divisa —y es un radio de muchos kilómetros—, no se percibe ni una llanura: tras cada montaña otra. Si en algún sitio parece suavizarse el paisaje, al levantarse la niebla, aparece una sierra que estaba oculta. Así es, así tiene que ser el horizonte de tu apostolado: es preciso atravesar el mundo. Pero no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas» (C. 928). Con esta metáfora «atravesar el mundo», se hace notar como el seguimiento de un camino, cualquiera que éste sea, siempre tiene un presupuesto previo: la *formación de un criterio* de actuación recto, que permite superar los posibles obstáculos que se pueden presentar al fiel cristiano cuando pretende llevar a cabo una efectiva imitación de Jesucristo en medio del mundo, a través del ejercicio de una profesión u oficio, haciendo suya la responsabilidad que conlleva la aceptación plena de estas exigencias del cristianismo¹⁵.

Por su parte *Surco* también señala la necesidad de vivir con coherencia las exigencias derivadas del seguimiento de Cristo, tanto en la vida privada como pública. «Tengamos la valentía de vivir pública y constantemente conforme a nuestra santa fe» (S. 46). Especialmente se insiste en ser plenamente consecuente con estas exigencias de la fe, cuando por cobardía o falsa humildad el fiel cristiano se retrae en el cumplimiento de este tipo de obligaciones: «¿No será que tienes miedo de que Dios y los hombres te exijan más coherencia?» (S. 40)¹⁶.

13. Sobre los posibles usos de la metáfora, cfr. P. STOELLGER, *Metapher und Lebenswelt. Hans Blumenbergs Metaphorologie als Lebenswelthermeneutik und ihr religionphänomenologischer Horizont*, Mohr Siebeck, Tübingen 2000.

14. M.A. GARRIDO GALLARDO, *Literatura espiritual española del siglo XX. Sobre la obra escrita del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Homenaje al Prof. José Fradejas Lebrero*, UNED, vol. II, Madrid 1993, pp. 629-642.

15. Para ver el papel de la metáfora en la educación, cfr. B. ROEBBEN, M. WARREN (eds), *Religious Education as Practical Theology*, Louvain 2001.

16. Sobre este principio de conformidad o coherencia evangélica, cfr. A. BLANCO, A. CIRILLO, *Cultura & Teologia. La teologia como mediazione specifica tra fede e cultura*, Milano 2001.

Finalmente, *Forja* también señala la obligación por parte del fiel cristiano de manifestar públicamente el propio *criterio moral* en el ejercicio del propio trabajo profesional, en el caso de que efectivamente se haga necesario. «Por medio de tu trabajo profesional, acabado con la posible perfección sobrenatural y humana, puedes —¡debes!— dar criterio cristiano en los lugares donde ejerzas tu profesión u oficio» (F. 713). De todos modos ahora también se hacen notar otros requisitos más concretos exigibles para alcanzar una adecuada formación del propio *criterio de actuación moral*. «Necesitas vida interior y formación doctrinal. ¡Exígete! —Tú —caballero cristiano, mujer cristiana— has de ser sal y luz del mundo, porque estás obligado a dar ejemplo con una santa desvergüenza» (F. 450)¹⁷.

En cualquier caso *Camino*, *Surco* y *Forja* señalan como la formación del propio criterio moral tiene una profunda raíz evangélica, siguiendo a su vez la imagen paulina del «nuevo hombre» en Cristo¹⁸. Es decir, la realización del trabajo profesional y de las correspondientes obligaciones familiares con auténtico espíritu cristiano exige tener en cuenta la *dimensión escatológica* de la vida humana, por tratarse de una condición de sentido y fundamento último de cualquier proceso de *reinvención* verdaderamente *innovadora* del propio carácter moral, que persiga una efectiva imitación de Jesucristo. *Camino* hace notar a este respecto como la formación de un *criterio recto* de actuación moral se debe tomar desde un principio como la meta final de todo este proceso de santificación a través del trabajo: «Y acabes por ser alma de criterio» (C. Prólogo). En efecto, el ejercicio de una profesión y la elección de una condición o estado social, requiere la adquisición de una creciente capacidad de discernimiento para saber cuándo se está interpretando correctamente las exigencias del cristianismo, sin permitir que este tipo de actuaciones se acabe convirtiendo en un obstáculo incompatible con el propio proceso de imitación de Jesucristo. «Ese abuso no es irremediable. Es falta de carácter consentir que siga adelante, como cosa desesperada y sin posible rectificación. No soslayes el deber. —Cúmplolo derechamente, aunque otros lo dejen incumplido» (C. 36)¹⁹.

Para *Camino* la formación del propio criterio moral conlleva el reconocimiento de las consecuencias de nuestras decisiones, sin eludir las propias responsabilidades, ya sea ante nosotros mismos o ante los demás. «Nunca quieres “agotar la verdad”. —Unas veces por correc-

17. Sobre el dimensión apostólica de la formación moral, cfr. J. OELDEMANN, *Die Apostolozität der Kirche im ökumenischen Dialog mit der Orthodoxie*, Paderborn 2000.

18. Sobre este tema, cfr. J. BEUTLER (Hg.), *Der neue Mensch in Christus. Hellenistische Anthropologie im Neuen Testament*, Freiburg 2001.

19. Cfr. A. ARANDA, «*El bullir de la sangre de Cristo*». *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Madrid 2000.

ción. Otras —las más—, por no darte un mal rato. Y, siempre, por cobardía. Así, con ese miedo a ahondar, jamás serás hombre de criterio» (C. 33). Hasta el punto que la formación del propio criterio moral requiere la aceptación incondicionada de un compromiso previo con la defensa de la verdad, aunque en ocasiones este compromiso pueda llegar a alcanzar cotas heroicas, como ahora se reconoce de un modo explícito. «No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte» (C. 34)²⁰.

Esta fortaleza de carácter permite reconocer la *dimensión escatológica* de la vida humana sin los dramatismos habituales en estos casos. «¿No has oído con qué tono de tristeza se lamentan los mundanos de que “cada día que pasa es morir un poco”? Pues, yo te digo: alégrate, alma de apóstol, porque cada día que pasa te aproximas a la Vida» (C. 737). En cualquier caso la consideración del alcance *escatológico* de la propia vida se debe anteponer a otras preocupaciones derivadas del ejercicio de la propia profesión u oficio, sin permitir una inversión en el orden de las prioridades a este respecto. «Todo eso que te preocupa de momento importa más o menos. —Lo que importa absolutamente es que seas feliz, que te salves» (C. 297). Reflexión que se complementa con la consideración de la reciprocidad existente entre *dolor* y *felicidad*, durante nuestra vida terrena, aunque paradójicamente los que más precauciones toman son los que al final más sufren. «Te quiero feliz en la tierra. —No lo serás si no pierdes ese miedo al dolor. Porque mientras “caminamos”, en el dolor está precisamente la felicidad» (C. 217)²¹.

También en *Surco* se hacen notar las profundas raíces evangélicas de este ideal de coherencia entre las exigencias del cristianismo y sus manifestaciones en la vida ordinaria. «Permíteme que te hable con crudeza. Te sobran “motivos” para volver la cara, y te faltan arrestos para corresponder a la gracia que Él te concede, porque te ha llamado a ser otro Cristo, “ipse Christus!” —el mismo Cristo» (S. 166). Reflexión que inevitablemente conduce al reconocimiento explícito de la *dimensión escatológica* de la vida humana, fundamento a su vez del optimismo cristiano que, sin hacerse tampoco falsas ilusiones, procura instaurar a Cristo en la cumbre de todas las realidades humanas. «Cuando se choca con la amarga injusticia de esta vida, ¡cómo se goza el alma recta, al pensar en la Justicia eterna de su Dios eterno!» (S. 892)²².

20. Sobre la compatibilidad de estos dos principios, cfr. T. PRÖPPER, *Evangelium und Freie Vernunft. Konturen einer theologischen Hermeneutik*, Freiburg 2001.

21. Sobre esta primacía de la dimensión escatológica, cfr. C. VON BARLOEWEN (Hrsg.), *Der Tod in den Weltkulturen und Weltreligionen*, Frankfurt 2000.

22. Sobre los presupuestos de la fe, cfr. J.P. MACKEY, *The Critique of Theological Reason*, Cambridge 2000.

Finalmente, *Forja* también señala la obligación de manifestar las exigencias de la propia fe en las diversas manifestaciones de la vida ordinaria por tratarse de una consecuencia natural del seguimiento de Jesucristo en cualquier fiel cristiano. «Si eres otro Cristo, si te comportas como hijo de Dios, donde estés quemarás: Cristo abrasa, no deja indiferentes los corazones» (F. 25). Preocupación que se hará extensiva a todas las personas que nos rodean, haciendo que colaboren en esta tarea de expansión de la *llamada universal a la santidad* en medio del mundo, sin ningún tipo de exclusiones. «Y ayúdanos a hacer y a enseñar, como Cristo, los caminos divinos —ocultos y luminosos—, diciendo a los hombres que pueden, en la tierra, tener de continuo una eficacia sobrenatural extraordinaria» (F. 553). El mensaje de la santificación del trabajo viene a recordar, por tanto, una verdad esencial al mensaje cristiano, como es la referencia de cualquier manifestación de la existencia humana a su indiscutible dimensión *escatológica*: «La santidad consiste precisamente en esto: en luchar, por ser fieles, durante la vida; y en aceptar gozosamente la Voluntad de Dios, a la hora de la muerte» (F. 990)²³.

2. EL CRITERIO RECTO DE ACTUACIÓN MORAL: LA CONFORMIDAD CON EL EVANGELIO

Para el cristianismo la búsqueda de un *criterio recto* de actuación moral exige otorgar una primacía al logro de la *vida eterna* respecto de los posible bienes temporales que se puedan obtener a través del ejercicio del propio trabajo profesional. A este respecto *Camino, Surco* y *Forja* también contraponen un doble uso de la noción de «mundo», según se enfoque desde un punto de vista natural o estrictamente sobrenatural y *escatológico*, al modo como es habitual en toda la tradición judeo-cristiana, afirmando la prioridad absoluta de la *vida eterna*²⁴. Ya en el Evangelio de San Juan aparece esta contraposición entre este doble sentido del término «mundo», sin negar una posible compatibilidad, cuando Jesucristo dice refiriéndose a los Apóstoles: «No te pido que los apartes del mundo, sino que los preserves del mal» (Jn 17, 15). *Camino, Surco* y *Forja* también contraponen este doble sentido natural y teológico de la noción de *mundo* cuando se dice referido a sus presuntos interlocutores: «Sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombre o mujeres mundanos» (C. p. 939). Al proponer esta contraposición en ocasiones se utiliza el término «mun-

23. Sobre la implicaciones de la fe, cfr. K. HÜBNER, *Glaube und Denken. Dimensionen der Wirklichkeit*, Tübingen 2001.

do» en su acepción estrictamente teológica y evangélica (Jn III, 16), como sucede cuando se afirma: «El mundo nos espera. ¡Sí!, amamos apasionadamente a este mundo porque Dios así nos lo ha enseñado: “sic Deus dilexit mundum”» (S. 290). En cambio se reserva el apelativo despectivo «mundano» para referirse a su sentido meramente humano, con exclusión de todo posible horizonte sobrenatural y *escatológico*. «Oyeme bien: estar en el mundo y ser del mundo no quiere decir ser mundanos» (F. 569)²⁵.

Para articular estos dos posibles sentidos del término «mundo» *Camino*, *Surco* y *Forja* recurren a un procedimiento habitual en toda la tradición judeo-cristiana, tanto en los profetas de Israel como en los primeros Padres de la Iglesia. Se trata de la metáfora del *libro* que permite distinguir al hombre *alfabetizado* que sabe dar un sentido correcto a un texto, respecto del que carece de esta capacidad, ya sea por ser culturalmente analfabeto o por otras razones. En este segundo caso el hombre mundano se identifica con el analfabeto ya que es incapaz de apreciar el *sentido espiritual* preciso de unas palabras o de una oración, especialmente si está tomada de los libros sagrados, aunque puede ser que los lea y los interprete con una gran precisión en la literalidad de lo que allí se dice. Posteriormente esta misma metáfora del libro se aplicó a la interpretación de la historia, de la vida y, finalmente, de la propia naturaleza, ya sea recurriendo a la revelación o a la propia razón. Se pudo así esclarecer el sentido teológico profundo de los sucesos acaecidos en el mundo entorno, postulando incluso una posible legibilidad natural, aunque sólo los que poseen un *justo criterio* de rectitud moral sean capaces de descifrarlos²⁶.

De este modo la tradición judeo-cristiana se refirió en primer lugar a la *Biblia*, o *Libro Sagrado*, y de un modo subsidiario al *Libro de la naturaleza*, de la *vida* y de la *historia*, al igual que más tarde también ocurrió en los casos de Agustín de Hipona y de Tomás de Aquino. En todos estos casos ambos libros se concibieron como dos exigencias de la *unidad de sentido* existente en todos los seres creados, ya se conozcan a través de la revelación o de la creación, dado que tanto la fe como la razón tienen a Dios como autor. Por eso en esta tradición de pensamiento la *metáfora de los dos libros* exige la referencia a un *mismo mundo*, asignando a la fe y a la razón una capacidad paralela de

24. M. BELDA (ed.), *Santidad y mundo. Simposio sobre las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1996.

25. Sobre el lugar de la escatología en la vida cristiana, cfr. A. NITROLA, *Trattato di escatologia. I. Spunti per un pensare escatologico*, Milano 2001.

26. Sobre este tema, cfr. J.P. DOUGHERTY, *Western Creed, Western Identity. Essays in Legal and Social Philosophy*, Washington 2000.

descifrar esta subsiguiente *unidad de sentido*. Sin embargo en ambos supuestos se aborda este posible desciframiento desde puntos de vista complementarios, asignándoles una doble significación natural y *teológica* que es plenamente autónoma en su respectivo ámbito de significación²⁷.

En cualquier caso para la tradición judeo-cristiana el *hombre mundano* se identifica con el hombre ignorante que no sabe descifrar el *oculto sentido* de lo que ocurre a su alrededor, ya utilice los ojos de la fe o los de la razón. No sabe apreciar la *unidad de sentido* de ambos *libros*, ni que en los dos supuestos se manifiesta el mismo autor de la verdad por una vía sapiencial diferente. Por eso el hombre mundano vive en un estado permanente de simple ignorancia, siendo incapaz de reconocer esta *legibilidad* tanto del mundo creado como del sobrenatural, ya que ni hace un uso adecuado de la fe ni tampoco de la razón. Hasta el punto que está incapacitado para adquirir un *recto criterio moral*, al menos respecto de las cuestiones que afectan a este tipo de verdades eternas, como ahora sucede con todo lo relativo a la propia santificación personal²⁸.

Evidentemente no siempre en el lenguaje coloquial se hace un uso tan estricto de la metáfora de la *legibilidad del «mundo»* en el sentido ahora indicado. De todos modos suele ser muy habitual contraponer este doble sentido del término «mundo», según se utilice en un sentido meramente natural o para expresar una *categoría teológica* muy precisa, como con frecuencia ocurre en la Sagrada Escritura, cuando se habla por ejemplo de Jesucristo como Redentor del Mundo²⁹. En estos casos la *metáfora del libro* se aplica al término «mundo» de un modo muy estricto, a fin de reafirmar la *unidad de sentido* de toda la creación, para asignarle aquello que la razón y la revelación le atribuyen. Sin embargo en el lenguaje cotidiano es muy frecuente aplicar la metáfora del *libro* al término «mundo» de un modo menos estricto³⁰.

En cualquier caso se distinguen dos usos posibles del término «mundo». En sentido *absoluto* se utiliza para remitirse al ámbito global donde tiene lugar cualquier acción humana, por tratarse de una *condi-*

27. Sobre la unidad del mundo, cfr. J.F. WIPPEL, *The Metaphysical Thought of Thomas Aquinas. From Finite Being to Uncreated Being*, Washington 2000.

28. Sobre los presupuestos de la metáfora de los dos libros, cfr. H. BLUMENBERG, *Die Lesbarkeit der Welt*, Frankfurt 1981; *La legibilidad del mundo*, Barcelona 2000, pp. 11-38.

29. TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, 7. *El libro de la vida*, A.L. GONZÁLEZ (ed.), «Cuadernos de Anuario Filosófico», 156, Universidad de Navarra, 2002.

30. Sobre las señas de identidad del cristianismo, cfr. A. HASTINGS, A. NASON, H. PYPPEL (eds.), *The Oxford Companion to Christian Thought. Intellectual, Spiritual, and Moral Horizons of Christianity*, Oxford 2000.

ción de sentido de la unidad existente entre la doble dimensión humana y sobrenatural o *escatológica* del obrar moral. En estos casos el término «mundo» incluye todo lo que acontece en la naturaleza, en la vida o en la historia, sin que se tenga que referir ya exclusivamente a sucesos que estén al alcance de la experimentación científica³¹. Se trata de una *categoría teológica y metafísica* muy precisa que fue utilizada con mucha frecuencia por la tradición judeo-cristiana para no confundir el tipo de *unidad* que se atribuye a las criaturas y al Creador, ni el tipo de atributos absolutos y relativos que se asignan a Dios y al Mundo, en razón de las relaciones «*ad intra*» y «*ad extra*», que entre ambos se establecen. Para distinguir con la mayor precisión estos dos posibles usos del término «mundo», al igual que sucede con todo término, se suele utilizar letras mayúsculas cuando se le quiere dar al uso de ese término un sentido *absoluto*, ya que en ese caso también se utiliza al modo de un *nombre propio*, refiriéndose a una realidad singular. En cambio si se le quiere dar al uso de ese término un sentido relativo en ese caso se escribe con minúscula, como corresponde a todo nombre común³².

A este respecto el uso *relativo* del término «mundo» designa un ámbito particular de la naturaleza, de la vida o de la historia, haciendo una exclusión explícita a aquel ámbito global o *escatológico* en el que todos esos puntos de vista se incluyen. Al menos así ocurre con la visión del *hombre mundano*, que prescinde de todo planteamiento sobrenatural o teológico, ya tenga su origen en la revelación o en la propia razón³³. De este modo se separan los diversos «camino» particulares seguidos por el obrar humano dentro del orden temporal, demarcando el aspecto físico, biológico o simplemente social de estos diversos mundos posibles, o meramente relativos, que a su vez se contraponen a la noción teológica de Mundo, tomada en su sentido absoluto. De todos modos esos ámbitos y dimensiones de la vida humana se incluyen en un único Mundo, natural y a la vez sobrenatural, *redimido* a su vez por Cristo, del que todos los hombres pueden ser *corredentores*, si aceptan la revelación y tratan de colaborar de un modo efectivo en la progresiva implantación de este proyecto divino a lo largo de la historia³⁴.

31. TOMÁS DE AQUINO, P. DE ALVERNIA, *Comentario al libro de Aristóteles sobre «El cielo y el mundo»*, J. CRUZ CRUZ (ed.), Pamplona 2002.

32. Para un tratamiento clásico de este tema, cfr. E. SAMEK LODOVIVI, *Dio e mondo: Relazione, causa, spazio in S. Agostino*, Roma 1979.

33. C.J. GLACKEN, *Histoires de la pensée géographique. II. Conception du monde au Moyen Âge*, Paris 2002.

34. Para ver las implicaciones teológicas de este tema, cfr. C.A. BERNARD, *Il Dio dei mistici. II. La conformazione a Cristo*, Milano 2000.

Camino, Surco y Forja comparten de un modo explícito esta tesis central de la tradición judeo-cristiana acerca de la *legibilidad del mundo* natural y escatológico, incluida también su historia, pero dando un paso más que, sin duda, estaba implícito en toda la tradición anterior. Las Sagradas Escrituras y especialmente los Evangelios, no sólo permiten conocer la revelación de los misterios divinos, incluido el *destino escatológico* del ser humano, sino que además nos dan a conocer un *modelo concreto a imitar* que, como ahora sucede con la vida oculta y pública de Jesucristo, permite aspirar a la santificación personal en medio de las situaciones más ordinarias de la vida corriente. Para conseguir este objetivo sólo se pone una condición: leer los Evangelios con la intención de extraer una consecuencia práctica que ilumine con un sentido cristiano innovador la vida cotidiana³⁵.

De este modo el fiel cristiano podrá recibir un criterio orientador para la elección conveniente entre los diversos «caminos» u oportunidades que se le ofrecen en la vida ordinaria, sin renunciar en ningún caso a su colaboración efectiva en el plan *redentor* llevado a cabo por Jesucristo. No se trata de fomentar una lectura crítica o meramente textual de los Evangelios, como pretende el exegeta, o el teólogo, ni de llevar a cabo una crítica de la tradición y de la interpretación canónica de estos textos, como propuso el principio protestante de «*sola Scriptura*». Se trata más bien de descubrir el *verdadero sentido espiritual* de un determinado pasaje, en continuidad con lo ya señalado por la propia tradición de la Iglesia, ayudándonos a formar un *criterio recto* de actuación moral en conformidad con el Evangelio. Sólo así será posible dejar de tener una visión meramente «mundana» de los acontecimientos más vulgares, para dar un profundo sentido cristiano a las situaciones ordinarias más prosaicas, descubriendo su verdadero *alcance sobrenatural y escatológico* con ayuda de la lectura asidua de los Evangelios³⁶.

En este contexto el *criterio moral* adecuado de actuación moral es la *congruencia con el Evangelio*. Por eso *Camino* afirma: «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo» (C. 2). La congruencia con el Evangelio ahora se toma como guía que permite descubrir el *oculto sentido cristiano* que se esconde detrás de los detalles más sim-

35. Para ver el fundamento metafísico de los bienes ordinarios, cfr. H. RICE, *God and Goodness*, Oxford 2000.

36. Sobre el papel de la exégesis en la vida cristiana, cfr. A. GRÖZINGER, E.W. STEGEMANN (Hrsg.), *Der Christentum ans der Schwelle zum 3. Jahrtausend*, Stuttgart 2002.

ples o cotidianos, para orientar la propia vida al logro efectivo de todos los afanes humanos más nobles. «Sine me nihil potestis facere!». Luz nueva, mejor resplandores nuevos, para mis ojos, de esa Luz Eterna, que es el Santo Evangelio. —¿Pueden extrañarme «mis»... tonterías? —Meta yo a Jesús en todas mis cosas. Y, entonces, no habrá tonterías en mi conducta: y, si he de hablar con propiedad, no diré más mis cosas, sino «nuestras cosas» (C. 416)³⁷.

Por su parte *Surco* insiste en la necesidad de identificarse con los distintos personajes de los Evangelios para sacar consecuencias en la vida diaria, y lograr así que se lleve a cabo un efectivo cumplimiento de sus enseñanzas. «Esos minutos diarios de lectura del Nuevo Testamento, que te aconsejé —metiéndote y participando en el contenido de cada escena, como un protagonista más—, son para que encarnes, para que “cumplas” el Evangelio en tu vida..., y para “hacerlo cumplir”» (S. 672). Se resalta así el papel que para el fiel cristiano debe seguir representando la consideración de la vida oculta y pública de Jesucristo, a fin de que se pueda santificar en el cumplimiento de sus diversos afanes profesionales. «Pido a Dios que te sirvan también de modelo la adolescencia y la juventud de Jesús, lo mismo cuando argumentaba con los doctores del Templo, que cuando trabajaba en el taller de José» (S. 484)³⁸.

Finalmente, *Forja* también hace notar la necesidad de entablar una relación de diálogo confiado con Dios a través de los Evangelios, para que nos ilumine en la formación de un *criterio moral* recto. «¿Quieres aprender de Cristo y tomar ejemplo de su vida? —Abre el Santo Evangelio, y escucha el diálogo de Dios con los hombres..., contigo» (F. 322). Además, ahora se descubre el fundamento teológico último del papel que desempeña la lectura de los Evangelios en la formación de un recto *criterio moral*, y de la subsiguiente *legibilidad* del mundo cotidiano: la pervivencia de Cristo a través de los tiempos, más allá del mero testimonio histórico que los Evangelios manifiestan, ya se haga presente a través de sus discípulos o por sí mismo. «¡Vive junto a Cristo!: debes ser, en el Evangelio, un personaje más, conviviendo con Pedro, con Juan, con Andrés... porque Cristo también vive ahora: “Iesus Christus, heri et hodie, ipse et in saecula!” —¡Jesucristo vive!, hoy como ayer: es el mismo, por los siglos de los siglos» (F. 8)³⁹.

37. Sobre el lugar de los Evangelios en la formación moral, cfr. P. RODRÍGUEZ (dir.), *Teología y espiritualidad en la formación de los futuros sacerdotes*, Pamplona 1997.

38. Sobre la recuperación de la vida oculta, cfr. J. PIEPER, *La fe ante el reto de la cultura contemporánea (Sobre la dificultad de creer hoy)*, Madrid 2000.

39. Sobre el impacto de la escatología en el imaginario colectivo, cfr. P.S. FIDDES, *The Promised End. Eschatology in Theology and Literature*, Oxford 2001.

3. EL DOBLE SENTIDO DEL MUNDO EN *CAMINO*, *SURCO* Y *FORJA*

A partir de estos supuestos *Camino*, *Surco* y *Forja* contraponen estas dos nociones de *mundo*, en el modo como ya había sido señalado por la tradición judeo-cristiana, aunque aplicando estas consideraciones a las situaciones habituales de la vida ordinaria. Se hace notar a este respecto como el hombre «mundano» desarrolla unos rasgos de carácter que son absolutamente incompatibles con el desarrollo de un *carácter fuertemente apostólico* que debe adquirir todo fiel cristiano, ya que su visión del mundo excluye toda consideración *escatológica* y le incapacita para tener una visión sobrenatural mínimamente coherente. Para *Camino* el hombre «mundano» se deja influir por el ambiente, identificándose de un modo mimético con todo lo que ocurre alrededor, como también sucede con los gases o la temperatura cuando se *disipan*, expandiéndose en su medio entorno, quedando subsumidos en un medio diferente, sin conservar su propia identidad. «Disipación. —Dejas que se abren tus sentidos y potencias en cualquier charca. —Así andas tú luego: sin fijeza, esparcida la atención, dormida la voluntad y despierta la concupiscencia. —Vuelve con seriedad a sujetarte a un plan, que te haga llevar vida de cristiano, o nunca harás nada de provecho» (C. 375)⁴⁰.

Camino caracteriza al *hombre mundano* como una enfermedad de carácter, cuyo rasgo específico es la tendencia a la *disipación*, por la que se busca alcanzar un completo mimetismo con el propio ambiente, cuando de ese modo sólo se logra una pérdida de la propia identidad, tanto humana como sobrenatural. «Te empeñas en ser mundano, frívolo y atolondrado porque eres cobarde. ¿Qué es, sino cobardía, ese no querer enfrentarte contigo mismo?» (C. 18). En estos casos el *hombre mundano* abandona el seguimiento de su propia vocación, a pesar de tener un conocimiento cabal de los criterios de actuación que debe seguir. «¡Qué claro el camino!... ¡Qué patentes los obstáculos!... ¡Qué buenas armas para vencer!... —Y, sin embargo, ¡cuántas desviaciones y cuantos tropiezos! ¿Verdad? —Es el hilillo sutil —cadena: cadena de hierro forjado—, que tú y yo conocemos, y que no quieres romper, la causa que te aparta del camino y que te hace tropezar y aún caer. —¿A qué esperas para cortarlo... y avanzar?» (C. 170). De aquí que se establezca una incompatibilidad entre el cristiano con un fuerte carácter apostólico y el hombre mundano, siguiendo una contraposición habitual en la teología ascética y moral. «¡Qué pena un “hombre de Dios” pervertido! —Pero ¡cuánta más pena, un “hombre de Dios”

40. Para ver el papel de la virtud en estos procesos, cfr. A. MACINTYRE, *Die Anerkennung der Anhängigkeit. Über menschliche Tugenden*, Hamburg 2001.

tibio y mundano!» (C. 4154). Para este hombre mundano toda claridad *sobrenatural* es ficticia y se siente incapaz de superar las dificultades que puede encontrar en el logro de las metas que se había propuesto, dejándose llevar por el desánimo. «Tienes una pobre idea de tu camino, cuando al sentirte frío, crees que lo has perdido: es la hora de la prueba; por eso te han quitado los consuelos sensibles» (C. 996)⁴¹.

Para *Surco* también constituye un rasgo distintivo de la vitalidad y fortaleza de un fiel cristiano el no dejarse acomodar fácilmente a su respectivo contexto social, aunque ello pueda dar lugar a un gran número de incomprendidos y malentendidos. «El cristianismo es “insólito”, no se acomoda a las cosas de este mundo. Y este es quizá su “mayor inconveniente”, y la bandera de los mundanos» (S. 940). Sin embargo *Surco* también hace notar la débil defensa que el hombre mundano hace de «su mundo», al que dice defender, cuando en realidad sucede lo contrario, dando lugar a una triste paradoja. «Los hombres mundanos se afanan para que las almas pierdan cuanto antes a Dios; y luego para que pierdan el mundo. No aman este mundo nuestro, ¡lo explotan, pisoteando a los demás! —¡Que no seas tú también víctima de ese doble timo!» (S. 304)⁴².

Finalmente, *Forja* también señala la obligación del fiel cristiano de evitar el camino fácil para hacerse presente en medio del mundo, cuando la presencia de contradicciones es una señal clara de que el testimonio dado en la vida social se hace siguiendo el ejemplo de Jesucristo. «Esfuérzate en llevar tu sentido cristiano al mundo, para que haya muchos amigos de la Cruz» (F. 983). A este respecto *Forja* advierte el carácter abiertamente anticristiano de numerosas actitudes aparentemente abiertas al mundo, pero que niegan en la práctica lo que en teoría dicen defender. «En las campañas contra la Iglesia, maquinan muchas organizaciones —a veces del brazo de los que se llaman buenos—, que mueven al pueblo con prensa, hojas, pasquines, calumnias, propaganda hablada. Después lo llevan por donde quieren: al mismo infierno. Pretenden que la masa sea amorfa, como si las personas no tuvieran alma... y dan compasión» (F. 975)⁴³.

Frente al hombre mundano *Camino*, *Surco* y *Forja* contraponen al cristiano con un carácter netamente apostólico, abierto al mundo en

41. Para ver la amplitud de la noción de contingencia, cfr. I.U. DALFERTH, P. STOELLGER (Hrsg.), *Vernunft, Kontingenz und Gott. Konstellationen eines offenen Problems*, Tübingen 2000.

42. Sobre el debate actual entre ciencia y fe, cfr. H. PEUKERT, *Teoría de la ciencia y teología fundamental*, Barcelona 2000.

43. Sobre las señas de identidad del catolicismo, cfr. A. FRANZ (Hrsg.), *Was ist heute noch katholisch? Zum Streit um die innere Einheit und Vielfalt der Kirche*, Freiburg 2001.

toda su amplitud, que arrastra a los demás siguiendo el modelo de Jesucristo, sin dejarse llevar por falsos sectarismos. Para *Camino* el hombre apostólico debe agrandar el corazón para que quepan todos, como ahora sucede con el que ejerce de guía, jefe o caudillo, sin poner límites artificiales en su horizonte de metas sobrenaturales. «Voluntad. Es una característica muy importante... Y después, guía, jefe, ¡caudillo!..., que obligues, que empujes, que arrastres, con tu ejemplo y con tu palabra y con tu ciencia y con tu imperio» (C. 19). Evidentemente no se trata de ejercer esta función de guía simplemente en un plano meramente humano, sino de trasladarla a un plano sobrenatural, sin extrapolar esta pretensión más allá de donde efectivamente le corresponde, circunscribiéndose al papel que como fiel cristiano le corresponde. «Si sientes impulsos de ser caudillo, tu aspiración será: con tus hermanos, el último; con los demás, el primero» (C. 365). Se trata en estos casos de arrastrar con el propio ejemplo, sin dejarse impresionar por las meras apariencias, cuando un cristiano debe anteponer sus propios criterios de valoración. «No hagas mucho caso a lo que el mundo llama victorias o derrotas. —¡Sale tantas veces derrotado el vencedor!» (C. 415). El apóstol debe saber poner al servicio de Cristo todo su saber hacer, con iniciativas audaces, sin temor a los comentarios que su actitud puedan provocar, aunque sin comportarse en ningún caso como un hombre mundano. «Una cosa es la santa desvergüenza y otra la frescura laica» (C. 388)⁴⁴.

Por su parte *Surco* también resalta la necesidad de fomentar en los fieles cristianos un carácter moral *fuertemente apostólico*, a fin de hacer efectiva esta *llamada universal a la santidad en medio del mundo*. «El mundo... “¡Esto es lo nuestro!”... Y lo afirmas después de poner la mirada y la cabeza en el cielo, con la seguridad del labriego que camina soberano sobre su propia mies: “regnare Christum volumus!” —¡queremos que Él reine sobre esta tierra suya!» (S. 292). Para *Surco* ninguna aspiración humana noble debe quedar desatendida, si efectivamente los fieles cristianos procuran ser consecuentes en la imitación de Jesucristo, sin que la práctica desmienta lo que afirman en teoría. «“Es tiempo de esperanza, y vivo de ese tesoro. No es una frase, Padre —me dices—, es una realidad”. Entonces..., el mundo entero, todos los valores humanos que te atraen con una fuerza enorme —amistad, arte, ciencia, filosofía, teología, deporte, naturaleza, cultura, almas...—, todo eso deposítalo en la esperanza: en la esperanza de Cristo» (S. 253)⁴⁵.

44. Sobre la importancia de la formación del carácter, cfr. S. HUDSON, *Human Character and Morality. Reflections from the History of Ideas*, Boston 1986.

45. Sobre la importancia de la esperanza en la formación moral, cfr. B.N. SCHUMACHER, *Une philosophie de l'espérance. La pensée de Joseph Pieper dans le contexte du débat contemporain sur l'espérance*, Fribourg, Cerf, Paris 2000.

De igual modo en *Forja* se recuerda cómo la necesidad de mantener una decidida actividad apostólica en medio del mundo surge del profundo *optimismo bíblico* (cfr. Gn I, 3-31) característico del cristianismo: «Ha querido Dios que sus hijos, los que hemos recibido el don de la fe, manifestemos la original visión optimista de la creación, el “amor al mundo” que late en el cristianismo. —Por tanto, no debe faltar nunca ilusión en tu trabajo profesional, ni en tu empeño por construir la ciudad temporal» (F. 703). De todos modos también se tienen en cuenta las dificultades con que se encontrarán los que persiguen una efectiva realización de este designio divino; siempre se tropezarán con la obstinación de los hombres mundanos, que con frecuencia son más sagaces que los fieles cristianos (cfr. Lc 16, 8). «“Ya lo dijo el Maestro: ¡ojalá los hijos de la luz pongamos, en hacer el bien, por lo menos el mismo empeño y obstinación con que se dedican, en sus acciones, los hijos de las tinieblas!” —No te quejes: ¡trabaja, en cambio, para ahogar el mal en abundancia de bien!» (F. 848)⁴⁶.

4. ¿EN CAMINO, SURCO Y FORJA SE HACE UN USO EVANGÉLICO DE ESTA METAFOROLOGÍA ESPIRITUAL?

Camino, *Surco* y *Forja* utilizan con profusión un tipo de metáforas de origen estrictamente evangélico, ¿pero se utilizan en el sentido genuino que originariamente la Sagrada Escritura le quiso dar? Evidentemente *Camino*, *Surco* y *Forja* se escribe en un contexto cultural muy distinto al de los Evangelios, pero es evidente que en el uso de estas metáforas siempre está presente una clara preocupación espiritual de abrir nuevos ámbitos de expansión a la verdad revelada, sin dejar que la difusión del mensaje del Evangelio, quede arrinconado simplemente al ámbito de la interioridad, cuando en realidad debe impregnar las más diversas manifestaciones de la *vida ordinaria*, tanto en su dimensión privada como pública. Precisamente el mensaje de San Josemaría Escrivá fue poner de manifiesto que no se deben poner límites artificiales a la llamada universal a la santidad, haciendo ver las crecientes posibilidades de expansión del mensaje evangélico en las circunstancias más distintas de la vida ordinaria, sin considerar que por ello se desvirtúa el mensaje evangélico, cuando más bien alcanza su más alto cumplimiento⁴⁷.

46. F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, P. BETETA, *Hijos de Dios: la filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid 1995.

47. J. RATZINGER et al, *Die Welt, eine Leidenschaft: Charme und Charisma des Seligen Josemaría Escrivá*, St. Ottilien 1993.

Camino a este respecto es muy explícito cuando recurre a la metáfora del *fuego* (cfr. Lc 12, 49) para expresar, mediante una metáfora similar a la de la *forja*, la necesidad de dejar esculpido el mensaje evangélico en los más diferentes ámbitos de la vida social con el propio testimonio personal, sin pensar que los esfuerzos anteriores han sido inútiles. «Aún resuena en el mundo aquel grito divino: “Fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda? —Y ya ves: casi todo está apagado... ¿No te animas a propagar el incendio?”» (C. 801)⁴⁸.

Surco también recurre a la metáfora del *camino* para hacer ver las posibilidades ilimitadas de difusión que hoy día se ofrecen al fiel cristiano con un fuerte carácter apostólico, si sabe servirse de cada una de las circunstancias que se le ofrecen en el ejercicio de su profesión u oficio. «Un saludo vibrante de un hermano te recordó, en aquel ambiente viajero, que los caminos honestos del mundo están abiertos para Cristo: únicamente hace falta que nos lancemos a recorrerlos, con espíritu de conquista» (C. 858)⁴⁹.

Finalmente, *Forja* recurre a la metáfora de *sembrador* (cfr. Lc 8, 15) para mostrar cómo todas las *encrucijadas de la tierra* se pueden terminar convirtiendo en un *surco profundo* para una eficaz difusión del mensaje evangélico, si el fiel cristiano procura ser testigo de las verdades eternas que lleva en el corazón. «Salió el sembrador a sembrar, a echar a voleo la semilla en todas las encrucijadas de la tierra... —¡Bendita labor vuestra!: encargarnos de que, en todas las circunstancias de lugares y épocas, arraigue, germine y dé fruto la palabra de Dios» (F. 970)⁵⁰.

Camino, *Surco* y *Forja* recurren a esta *metaforología espiritual* para hacer ver la obligación libremente contraída que el fiel cristiano tiene de orientar al mundo de un modo conforme con las exigencias del evangelio. Sin embargo el logro de este objetivo hoy día requiere que el cristianismo se replantee *cuatro exigencias básicas* respecto de la cultura contemporánea, al modo como ya ocurrió en épocas pasadas, sin que ya sea posible posponer una respuesta: 1) Mostrar la posibilidad de dotar a los diversos mundos vitales de una *unidad de sentido*, llevando a cabo una profunda *conversión interior* en el conjunto de culturas y de cada uno de los hombres, por ser una exigencia del propio Evangelio⁵¹.

48. J. MORALES, *Estudios sobre «Camino»*, Madrid 1988.

49. J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo: el trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid 2001.

50. F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, P. BETETA, *Hijos de Dios: la filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid 1995.

51. C. ORTIZ DE LANDÁZURI, *La conversión del mundo en Josemaría Escrivá. El alcance corredentor de la vida ordinaria, según «Camino», «Surco» y «Forja»*, en *Mundo y carácter en Josemaría Escrivá. La operatividad evangelizadora del trabajo*, Pamplona 2003.

2) Poner de manifiesto la necesidad de llevar a cabo una efectiva *revitalización del mundo* contemporáneo desde dentro de sí mismo, poniendo de manifiesto la raíces *evangélicas* del mensaje de la *santificación del trabajo*⁵². 3) Resaltar la necesidad de llevar a cabo una progresiva *evangelización del mundo*, por ser una exigencia de la propia escatología cristiana⁵³. 4) Señalar la amplitud ilimitada de los procesos de *recristianización* en el mundo contemporáneo, a fin de lograr una efectiva restauración del Reino de Cristo en la tierra. Se trata de *cuatro exigencias* cuya formulación ya no se puede eludir, aunque el análisis pormenorizado de cada una de ellas excede a los objetivos de este artículo y serán analizadas en otro lugar⁵⁴.

52. C. ORTIZ DE LANDÁZURI, *La revitalización del mundo en Josemaría Escrivá. El fundamento evangélico de la santificación del trabajo en «Camino», «Surco» y «Forja»*, en *Espíritu y Trabajo. Sobre el sentido del trabajo desde las enseñanzas de Josemaría Escrivá en el contexto del pensamiento contemporáneo*, Instituto Antropología y Ética, Universidad de Navarra, Pamplona 2003.

53. ID., *La evangelización del mundo en Josemaría Escrivá. La dimensión escatológica de las realidades temporales en «Camino», «Surco» y «Forja»*, en *Mundo y carácter en Josemaría Escrivá. La operatividad evangelizadora del trabajo*, Pamplona 2003.

54. ID., *La recristianización del mundo en Josemaría Escrivá. El caminar histórico hacia el Reino de Cristo en «Camino», «Surco» y «Forja»*, en *El caminar histórico de la santidad cristiana. Desde los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II*, Simposio Internacional de Teología, Universidad de Navarra, 2003 (sin publicar).